

América sin Nombre

ISSN: 1989-9831

Núm. 30, 2024, pp. 223-240

<https://americasinnombre.ua.es/article/view/25803>

Citación bibliográfica: БАК, Laura. «Hiladora de palabras, tejedora de mapas: Alicia Dujovne Ortiz». *América sin Nombre*, 30 (2024): pp. 223-240, <https://americasinnombre.ua.es/article/view/25803>

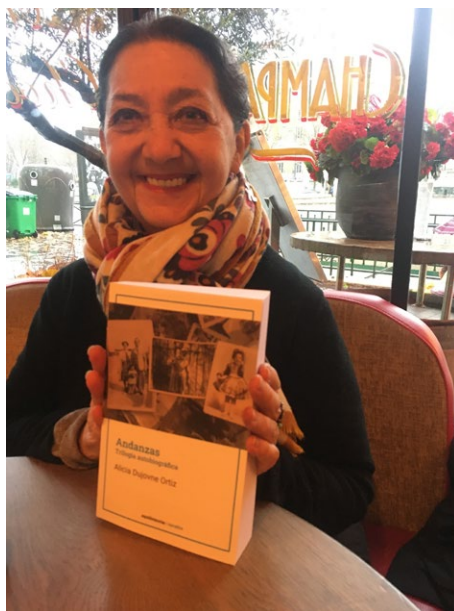
Hiladora de palabras, tejedora de mapas: Alicia Dujovne Ortiz

LAURA BAK

Universidad de Utrecht, Países Bajos

 <https://orcid.org/0000-0002-0087-4467>

Introducción



1. Alicia Dujovne Ortiz con su última publicación *Andanzas. Trilogía autobiográfica* (2023) publicada por Editorial Equidistancias.

© 2024 Laura Bak



Este trabajo se comparte bajo la licencia de Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0): <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>.

Cuando entrevistamos a Alicia Dujovne Ortiz² nos encontrábamos en nuestras casas. Fue esa época de puertas cerradas y de fronteras fortalecidas. El diálogo con Dujovne produjo lo contrario, apertura, hospitalidad, esa sensación de forjar espacio por medio de la palabra, de la comunidad y de la lengua compartida. En esos días la autora todavía se encontraba en la que fue su casa durante los últimos diez años, una casa soñada, de «dibujo infantil», una suerte de deuda para los que han optado por el exilio y la migración. Esta última residencia está ubicada en el Berry en el centro de Francia. Pero la casa estaba por convertirse en recuerdo, en otra coordenada en el mapa de su vida. Unas semanas más tarde Dujovne volvió a París para vivir a una zona menos alejada y próxima a su familia.

Coincidió con la entrevista, la reedición y de sus dos primeras autobiografías *El árbol de la gitana* (1991) y *Las perlas rojas* (2005) y *Aguardiente*, la tercera y última parte. Las tres obras se publicaron en un volumen titulado *Andanzas* (2023) por la Editorial Equidistancias.

En 1978 cuando Dujovne era redactora cultural del diario *La Opinión* en Buenos Aires el ejército intervino las oficinas, torturaron en una cárcel clandestina al director Jacobo Timerman. Razón suficiente para empacar sus valijas y zarpar rumbo a París con su hija de trece años.

La obra de Alicia Dujovne Ortiz está atravesada por el exilio, por la búsqueda de personajes reales e imaginarios, por una composición detallada y simbólica de

2. Alicia Dujovne Ortiz nació en Buenos Aires en 1939 en el seno de una familia de intelectuales de izquierda. Su madre, Alicia Ortiz, fue una escritora feminista y comunista, y su padre, Carlos Dujovne, un dirigente del PC argentino que cursó estudios en Moscú y fue miembro de la Internacional Sindical Roja. En 1978 A.D.O. se instaló en Francia, huyendo de la dictadura militar implantada en su país. En efecto, como redactora cultural del diario *La Opinión*, intervenido por el ejército y cuyo director, Jacobo Timerman, fue torturado en una cárcel clandestina, su situación estaba particularmente comprometida. Gracias a una pequeña beca de la Embajada de Francia, viajó a París con su hija de trece años. Al poco tiempo firmó su primer contrato de edición con Mercure de France y comenzó a colaborar en los diarios *Les Nouvelles Littéraires* y *Le Monde*. Más tarde le siguieron editoriales como Gallimard, Grasset o La Découverte en las que publicó unos veinte libros. Su obra suma en total treinta y cinco volúmenes, algunos de ellos editados solo en castellano y otros, solo en francés. En castellano publicó las novelas: *El buzón de la esquina* (1980), *El agujero en la tierra* (1982), *El árbol de la gitana* (1991), *Mireya* (1998), *Anita cubierta de arena* (2004), *Las perlas rojas* (2005), *La muñeca rusa* (2009), *Un corazón tan recio* (2011), *La Madama* (2013), *La más agraciada* (2015) y *La procesión va por dentro* (2019). Así como las biografías y crónicas: *María Elena Walsh* (1980), *Maradona soy yo* (1992), *Eva Perón. La biografía* (1995, best-seller internacional), *Al que se va* (2002), *Dora Maar. Prisionera de la mirada* (2003), *El camarada Carlos* (2008), *Quién mató a Diego Duarte. Crónicas de la basura* (2011), *Milagro* (2017) y *Cronista de dos mundos* (2021). Varios de sus libros han sido traducidos a más de veinte idiomas. Recibió el Premio Konex de Platino, la Mission Stendhal del gobierno francés y la beca de creación de la John Simon Guggenheim' Fondation. Es miembro del PEF (Parlement des Ecrivaines Francophones). Acaba de terminar *Aguardiente*, tercera novela de autoficción de una obra basada en el tema del exilio que llevará el título general de *Andanzas* e incluye *El árbol de la gitana* y *Las perlas rojas*. Ha retomado la pintura, abandonada desde hace «apenas» sesenta años, y prepara una exposición en la embajada argentina en París. Tiene, además de una hija, dos nietas y dos bisnetos.

espacios que, más allá de categorizarse como privados, son significativos y simbólicos. Ha escrito poesía, biografías, novelas y autobiografías o autoficciones, como ella prefiere llamarlas. Estas últimas son un tejido tupido en las que la autora reconstruye la vida en el exilio, no solo el suyo sino el de sus antepasados. Su familia materna es proveniente de España y de un lejano origen genovés. Su familia paterna, de exilios más próximos a la autora, llegó a la pampa argentina en la empresa del Barón de Hirsch. Venían de un lugar que difícilmente se puede señalar en un mapa, lugar que en algún momento fue del Imperio Ruso, que pudo haber sido Ucrania, Moldavia, un lugar del que nunca se habló con certeza.

Dujovne se ha dedicado a invertir el mapa de su familia, a volver a los lugares de origen, con el objetivo de entenderlos y mediante ese entendimiento comprender la relación de su familia con esos espacios, con los hogares que habitaron y con las historias y silencios que eligieron.

El exilio y la migración suelen tener la capacidad de resignificar los sitios que se habitan. La sensación de lo prestado, de lo ajeno, de lo fugaz aparece en la obra de Dujovne, pero no por ello el mundo que ella habita y que habita en ella deja de ser un todo. Como hija, nieta y sobrina de mujeres que cocinaron la lengua castellana, heredó la habilidad de contar historias. Historias que mantienen su mundo unido, con el desplazamiento aseguran la continuidad de las historias.

Para reunir los fragmentos de los relatos de las vidas que la antecedieron Dujovne ha vuelto a esos lugares originarios sobreponiéndose a las dificultades que implica volver cuando no hay certeza. Lugares que vivieron algunos de los días más oscuros de Europa en el siglo XX, lugares para dejar en el olvido, para abandonar. En esos recorridos Dujovne descubrió verdades que se mantuvieron ocultas en el silencio. Su padre, nacido en la Argentina, en las colonias del Barón de Hirsch abandonó muy pronto su tierra natal para volver a la de sus padres donde entró a formar parte del Partido Comunista y luego fue enviado como agente secreto a Latinoamérica. Dujovne cuenta su encuentro con esta verdad en *Camarada Carlos* (2007) en una ida a Rusia en la que también recorrió varios lugares para, finalmente, encontrar el pueblo del que se fueron. La escritura de Dujovne evidencia que los mapas del exilio son multifacéticos y multidimensionales. No tienen ni comienzo ni fin. La historia se cuenta, se repite, se completa y se corrige.

Entrevista: la transmisión intergeneracional de un sentido de pertenencia

¿Cuáles y qué tipo de historias sobre (la ruta hacia) el lugar de origen, le son transmitidas oralmente? ¿Quién o quiénes le contaron las historias y a qué generación pertenecen los «contadores» de historias? ¿Qué papel juega el silencio en esas historias?

«Bueno, curiosamente la narradora en mi familia fue mi madre Alicia Ortiz, escritora. Que me narraba las historias de su familia Ortiz y Oderigo, o sea, familias no

judías. Y me narraba todo lo que pudo obtener como testimonio de la familia de mi padre, Carlos Dujovne, que era bastante mudo, debo decir (risas). De mi padre mismo yo no he recibido grandes relatos y muchísimo menos de mi abuela, Sara Brun, la Bobe que era absolutamente muda. Es decir, que la narradora, así como en mi novela *El árbol de la gitana*, yo la llamo la Gitana a la narradora, en realidad, la Gitana era mi madre. Porque era ella la que me contaba las historias de todos los orígenes. Del origen genovés, del que sabía un poco; del origen español, del que sabía más o menos porque, es increíble el fenómeno de olvido y desaparición que existe en un país de inmigración como la Argentina. Nadie sabe muy bien de dónde viene. Mi madre sabía que por el lado Ortiz venían de algún lado de España. Sabía en qué momento habían llegado, en el siglo XVIII, en eso no se equivocaba, pero no conocía el apellido completo que era Ortiz de la Torre. No sabía de dónde venían, todo eso lo averigüé yo viajando más tarde. Entonces, sí, ella era la que me contaba las historias de mi padre. Él me contó algunas cosas más y las escribió también en un intento de memorias de infancia, pero la narradora en todo momento fue mi madre.

Las historias, no podían ser más fragmentarias, porque estamos hablando, y lo repito, de una enorme desaparición. De una falta de identidad que es típica de un país y lo repito: un país de inmigración, de la Argentina. Mi padre tenía un gesto extraordinario con la mano, como diciendo más o menos, para designar el lugar de origen de la familia ucraniana que, por otra parte, no la llamaba ucraniana. Después me di cuenta de que muchos judíos originarios de ese lugar, de Ucrania, jamás dijeron Ucrania, siempre decían Rusia y mi padre también decía Rusia. Eran judíos rusos porque tenían pasaporte ruso, porque la región pertenecía en aquel momento, a fines del XIX, principios del XX, al Imperio Ruso.

Mi padre fue uno de los fundadores del Partido Comunista Argentino. En 1923 se fue a Rusia y allí fue formado como agente secreto, pero no de espionaje sino de agitación sindical, luego lo mandaron del COMINTERN³ a América Latina. Entonces, mi padre para designar ese lugar natal, que él fue a visitar, un pueblito en Ucrania que se llamaba Kurilovich, que existe porque también lo fui a visitar. Primero, jamás decía Ucrania, decía que la capital era Kishinev y hacía este gesto con la mano (Dujovne balancea la mano de un lado para otro), decía «Besarabia» y hacía gesto de más o menos. Y vos decías: «pero papá ¿qué era Besarabia y por qué hacés así?» «Bueno porque a veces era Ucrania y a veces era Rusia y a veces era Moldavia». Y era todo muy vago.

Cuando yo estuve por viajar, porque me saqué una beca francesa⁴ para investigar los orígenes de mi familia y la historia de mi padre, un judío de París me dijo una frase maravillosa: «No, lo que pasa es que Besarabia no era un territorio, era

3. COMINTERN (abreviación en ruso) de La Internacional Comunista, también conocida como la III Internacional. Agrupó a los partidos comunistas de distintos países.

4. Beca otorgada por la Mission Stendhal del gobierno francés.

un estado de ánimo». Es difícil tomarse un avión para aterrizar en un estado de ánimo. Pero, efectivamente, cuando mi padre me decía la capital era Kishinev, ¿la capital de qué? Porque el lugar de donde ellos eran era Ucrania, cosa que nunca me dijo. O sea que yo llegué a Kishinev, hablé con la bibliotecaria, una viejita judía deliciosa que me contó la historia del *pogrom* de Kishinev de 1905, agregando: «Bueno, ese *pogrom* fue conocido porque había prensa extranjera en ese momento. Pero nosotros teníamos un *pogrom* por año. En cada celebración de Pascua había uno». Y, además, yo le decía, pero ¿cuál era el motivo? Le pregunté. Estoy haciendo un paréntesis, y bueno, el motivo es que los chicos judíos eran mejores en el colegio que los moldavos. ¡Ah, eso merece *pogrom*, por supuesto! (dice irónicamente). Bueno, entonces, me di cuenta de que Kishinev no era el lugar de donde venía mi familia y entonces averiguando con mis intérpretes; porque gracias a mi beca logré tener dos maravillosas intérpretes moldavas, dos hermanas. Me dijeron: «pero no, es que no es en Moldavia, es en Ucrania»⁵. Y hubo que sacar otra vez, muy difícil conseguir visas para esos países que siguen siendo muy soviéticos. Total, que aparqué en el pueblo natal y antes de llegar al pueblo natal me encontré con un señor, muy anciano, Abraham Kaplan, director del museo del Holocausto de Moguilev-Podolski. Así se llamaba, me enteré, la ciudad más importante que estaba al lado. Son lugares de una pobreza y una tristeza infinita aun hoy. Entonces, Abraham Kaplan me mostró el museo del Holocausto donde él mismo con sus manos había hecho un mapa de un gueto donde él pasó su niñez, con lucecitas de colores para mostrar cómo se iba de un lado a otro. Y después, Abraham Kaplan, que no me perdonó una sola tumba de Dujovnes, en Moguilev-Podolski había muchos. Me llevó en taxi hasta la célebre Kurilovich que curiosamente existía, para mi gran sorpresa. Y por el camino me iba diciendo: «Bueno usted tiene que saber que estamos andando con este taxi sobre fosas comunes que todavía no se han abierto». Esas fosas se abrieron tiempo después gracias a un cura francés. En ese momento, en la llegada al pueblo de mis abuelos, con las tumbas, con las fosas todavía no abiertas, este señor que me decía: «Claro, los nazis en el cuarenta y dos en un mes de verano y en un mes de invierno». Era un señor que había pasado de todo en su vida por lo cual hablaba con una paz infinita. Me decía mirando a lo lejos: «Bueno, la del verano fue la peor porque son esos días en los que la naturaleza está tan hermosa, no dan ganas de morirse». Bueno, con eso encima que todavía hoy estoy llorando, llegué al pueblo natal de mis abuelos. Donde me preguntaron en los archivos, en la municipalidad; si yo estaba emocionada y qué sentía. Y yo no les pude decir lo que sentía, porque lo que sentía era un alivio infinito de que se hubieran podido ir de

5. Vídeo que permite ver los cambios geográficos en Europa. Siglo XIX minuto 10:34 https://www.youtube.com/watch?v=UY9P0QSxlnI&ab_channel=Cottureau

ahí. Un lugar tan triste, un lugar que había sido siempre el del terror permanente de los *pogrom* y después los nazis.

Mis abuelos se fueron antes de los nazis, pero por algo se fueron a las colonias judías del Barón de Hirsch en Entre Ríos. Ahí viene otra historia de tremenda desaparición que justifica el hecho de que yo no haya tenido muchas narraciones, muchos relatos, porque mi abuelo Samuel Dujovne que llegó con su esposa Sara Brun a Colonia Carmel, que yo fui a visitar también porque me hice todo el viaje de vuelta hacia los orígenes. Mi abuelo era, como le ponía el Barón Hirsch en una carta: «Les presento a ese joven sabio que sabe seis idiomas, entre otros, sánscrito». Mi pobre abuelo en Colonia Carmel, en el medio de la pampa entrerriana, donde intentaban, los que se estaban convirtiendo en ese momento en gauchos judíos, intentaban sembrar trigo y lo consiguieron. Mi abuelo no, porque era maestro. Fue maestro de escuela. Bueno, llegó allí y consideró, con mucha razón, que la pampa era demasiado grande.

Años después, después de haber preguntado con una especie de curiosidad intelectual desasida casi. Le preguntó a su mujer, a su hijo, a la gente a su alrededor: «¿Ustedes qué piensan del suicidio? ¿Es coraje o cobardía?» Bueno su esposa le decía que era coraje; mi padre, que era comunista le contestó que era cobardía. Y terminó suicidándose diez años antes de mi nacimiento. De ahí que en mi familia judía haya muy pocos relatos. La mudez de mi abuela se comprende perfectamente a partir de eso. Había habido una especie de catástrofe que es la inmigración, porque es terrible irse del lugar natal por triste que haya sido, pero después, el suicidio que, para los judíos es algo tremendo. Mi abuelo no tiene tumba. Yo no sé dónde está, sé que está en algún lugar por afuera del muro del cementerio judío. Después se fueron a vivir a la provincia de Córdoba. Cuando yo fui con mi prima Marta Dujovne, que fue directora del Museo Etnográfico de Buenos Aires, fui a visitar el lugar de las colonias del Barón de Hirsch, donde había vivido nuestro abuelo. Llegué a un cementerio judío donde había una tumba con las piedritas que ponen los judíos en las tumbas y con la foto de un señor de barba. Yo no tuve nada de eso. Ni piedritas, ni señor de barba, nada. Y tampoco mucho relato en consecuencia. Fue mi madre la que me habló del suicidio de mi abuelo. Mi madre que no lo había vivido. Mi padre no me habló jamás de eso. Mi abuela, mis tías del lado Dujovne jamás dijeron una palabra de eso.

Hay otro elemento más que se une al del silencio, es el hecho de que mi padre fue agente secreto. Es decir, había cosas sobre la historia de mi padre que, como jovencísimo fundador del Partido Comunista que hizo revoluciones en Chile, en Perú, en Bolivia, etc. mandado por el COMINTERN, él me había contado hasta donde me podía contar. Cuando yo llegué a Moscú y gracias a que me llamo Dujovne, logré que en los archivos del COMINTERN me dieran la carpeta Carlos Dujovne. Un Carlos Dujovne de veinte años, inimaginable. Fue el momento más

fuerte de mi vida cuando me dieron esa carpeta. Yo iba con un gordo ruso resfriado que me traducía todo. Me encontré, entre muchos otros documentos en cirílico, un papelito escrito cortado donde mi padre juraba guardar secretos a partir de ese momento. Secretas las actividades y secretos los documentos a partir de ese momento que pasaron por sus manos. Y yo pensé es el momento de la entrada en religión, es decir, ahí entraba en el ala clandestina de la Internacional Sindical Roja y había jurado guardar secreto. Mi padre se fue del partido junto con mi madre en 1947, muy decepcionados a causa del Estalinismo, había jurado y nunca dijo nada sobre sus actividades como agente secreto.

Yo tuve que ir. Una vez más, los viajes los tuve que hacer yo para enterarme de montones de cosas en Moscú y en San Petersburgo con los especialistas rusos un padre y un hijo Jefets de la Internacional Sindical Roja en América Latina que me dijeron: «Su padre fue un agente secreto». Primera noticia.

Lo que yo capté de mi familia son historias incompletas. En particular cuando me puse a escribir *El árbol de la gitana*, noté que hay una inmensa pérdida. Que los judíos perdieron su tierra de Rusia o Ucrania, habrá sido lo que habrá sido. Pero habían estado allí desde siglos atrás y habían perdido su idioma, es terrible perder su idioma y nunca más hablar como todo el mundo. Hablar con un acento. Yo, como argentina en Francia, hablo un francés perfecto, pero tengo un acento. Bueno, la historia de una gran pérdida, la pérdida de ese lugar de Rusia donde, mal o bien, habían vivido durante siglos. Y por el lado español, la pérdida de ese lugar que resultó llamarse San Pedro del Romeral en Cantabria, contrariamente a lo que yo digo en *El árbol de la gitana*, porque eso no lo sabía y puse cualquier cosa. ¡No! Ahora sé que era San Pedro del Romeral, porque fui, y que la familia se llamaba Ortiz de la Torre y que se fueron. Y que también era un lugar para irse, es hoy un lugar para irse. Es de una pobreza, de una tristeza infinita. Y el tercero es Génova. Pérdida, por el lado de mi familia, de origen español pero argentina, que eran estancieros. Pérdida de las estancias, de las tierras, de las vacas, de todo. No voy a contar la historia, ni para qué. Pero bueno, todo eso quedó perdido. A mí me contaron desde siempre, «claro porque tu bisabuelo era estanciero». ¿Ah sí? Yo nunca vi una mota de tierra en mi vida, ni una vaca. Bueno, y por el lado de los navegantes genoveses Oderigo, pérdida de los barcos durante la Guerra del Paraguay, en la que la Argentina, el Brasil y Uruguay aplastaron absolutamente al Paraguay. Mataron a todos los hombres, quedaron solo mujeres, niños y ancianos. Bueno, pérdida de barcos, es decir, que es una historia de pérdidas. De las que, evidentemente, de alguna manera yo me considero la heredera. Yo perdí mi país, porque había una dictadura militar. Lo perdí por una razón muy clara, muy válida.

Mi madre era muy consciente de la necesidad de transmitirme la historia. Lo sabía profundamente. Que se ponga en un tren a una niña de cinco años para llevarla a la Patagonia, dos días de viaje en 1944, porque mis padres, los dos, consideraron

que yo tenía que ver ese dolor, ver la cárcel, ver al policía con el cinturón de balas, enterarme de lo que pasaba.

Mi madre fue la narradora y la que me dio una conciencia política. Hablando, cuando la editorial de mi padre, la Editorial Problemas en 1943 fue incendiada por la policía. Nada, se veían los incendios, se veían los libros incendiados y mi madre me lleva a ver eso. Por la vereda del frente me aprieta la mano y me dice, «ves Nena, son nazis». Es decir, que de su parte todo fue un criterio de educadora, iniciadora política, literaria porque si yo soy escritora es por ella. Sí, la narradora y muy conscientemente transmisora.

Pero en el fondo todos nos inventamos historias, nuestro grupo quiero decir. Mi madre era más, era una universitaria, era ensayista, soñaba con escribir una novela que al final escribí yo. Mi padre nunca escribió esas memorias que quería escribir y yo lo amenazaba. Le decía: «Mirá, si no las escribís vos, las escribo yo mal porque las viviste vos». Pero sí, claro que todos sentían que tenían que llenar con palabras ese abismo.

Con respecto al papel de mi padre, que parece menor, quizá porque hablaba menos, que contaba menos historias, él fue determinante en mi vida. Quiero decir, si yo soy escritora es porque mi madre me legó una lengua castellana perfecta, su familia hablaba muy bien porque era una lengua heredada, ella era profesora de castellano y escritora. Pero, probablemente, todo lo que yo sabía y todo lo que no sabía de la vida de mi padre me impulsó a ir por ese lado y a conocer y en cuanto pude hacer un viaje, fue ahí donde fui, a Moscú. Él tenía una relación con el silencio muy especial. Era un silencio que decía mucho. Fue cuando se casaron que él le contó todo a mi madre. Hablaron mucho en el momento del amor loco. Después él se calló la boca. Ella recordaba lo que él le había contado.

Perder una tierra es tremendo. Entonces en qué se puede convertir una tierra o una casa, en un techo, en un libro. Y yo creo que esas pérdidas y esos silencios a mi madre la hicieron escritora y a mí también. No cabe duda. Y a mí que he sido madre de una hija y abuela de dos nietas. Con mis dos bisnietos es diferente porque viven lejos. Pero yo he sido con ellas, he cumplido el mismo papel de contadora de historias que mi madre conmigo. Hasta el extremo que me repiten a cada vez «¡Ay! Abu, ya me lo contaste!» (risas).

¿Cuáles son las historias transmitidas por escrito? ¿Cuáles son los textos que constituyen la «biblioteca familiar» a través de la cual se construye el imaginario del lugar de origen? ¿Cómo contribuyen a la transmisión de una imagen de dicho lugar?

«Claro. Por suerte mi padre pensó en algún momento en escribir finalmente no lo hizo y lo escribí yo en *El camarada Carlos*. En ese momento, escribió algunas páginas sobre lo que era su infancia en las colonias del Barón de Hirsch. No estamos hablando de los orígenes rusos, simplemente orígenes argentinos. Él no habló

español hasta los seis años, habló ídish hasta que fue a la escuela que era en español. Hay una entrevista, unas preguntas, que él le hizo a su padre Samuel que me parecieron extraordinarias. Cuando Samuel le dice: «Sí Carlos, lo que pasa es que la pampa es demasiado grande, mucho más grande que la estepa. Bueno, inacabable». «Y además» le decía mi abuelo a mi padre «En Rusia la vaca venía sola a ponerse a la hora en que había que ordeñarla, se ponía sola y uno no necesitaba ni atarla. La vaca sabía perfectamente a qué hora se la iban a ordeñar. Acá, Carlos –le decía mi abuelo– ¿vos me imaginás a mí por el campo saliendo a volar la vaca con un lazo? Porque la vaca se te escapa y una vez que has logrado agarrarla, vaca salvaje de campo primitivo. Una vez que has logrado agarrarla, te pateas el tarro una vez que está lleno». Bueno, era motivo para suicidarse (ríe). Esos elementos los tengo escritos. Y los utilicé para mi novela *El árbol de la gitana* y sobre todo para *El camarada Carlos* mi biografía de mi padre.

Hablando de la historia de mi madre, mi madre escribió sus recuerdos de infancia, *Infancia entre dos esquinas*. Pero ahí es la vida de una señorita bien, como se dice en Buenos Aires, de un barrio bien de Buenos Aires, es otra historia. Pero están las cartas de la cárcel. Mi padre estuvo preso en la cárcel de Neuquén con todo el comité central del Partido Comunista Argentino cuando yo tenía cuatro, cinco años. Yo lo fui a visitar a la cárcel porque mi padre quiso que yo lo viera ahí para que entendiera porqué me había ido de la casa. Y hay infinidad de cartas que yo tengo y que mandé, porque como vivo en el campo y hay ratones, para salvarlas, las mandé a la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y están ahí. Bueno, son cartas en las que hay censura. Yo de chica estaba acostumbrada a unas rayas gruesas que, inclusive, en las cartas a mí había censura y en mis propias cartas. Bueno estamos hablando de 1943-1945, antes del primer Peronismo. Un régimen bastante de extrema derecha. Y en esas cartas, claro, mi padre me hablaba sobre todo de libros, porque no podía hablar de política. Pero ahí también estaban todos los chistes secretos para mi madre, que yo misma sabía lo que eran. Cuando mi padre hablaba de “Pepe”, “Pepe” era José Stalin (risas). Bueno, esas cartas para mí fueron fundamentales. El color de la tinta, no sé por qué les daban esa tinta marrón como aguada. El color, además, con el tiempo, las cartas mismas se pusieron amarronadas. El color, el olor, la tinta, todo eso forma parte de todo un mundo, del mundo de mi infancia. Yo esperaba esas cartas como la cosa más importante que me pasó en mi infancia, era la espera de esas cartas. O sea que sí, hay algunos papeles, claro que hay».

¿Qué eventos, costumbres o rituales de la vida judía tales como platos tradicionales o celebraciones colectivas se asocian en su familia al imaginario de la casa?

«¡*Gefilte Fish!* Mi abuela Sara hacía los domingos, tendría que haber sido los sábados, pero bueno. No había ningún ritual. Íbamos a visitarla los domingos, era los

domingos. *Gefilte fish*. A mí me parecía muy rico. Punto. No había, absolutamente, ningún ritual.

Yo, de nuevo, para volver a lo mismo –mientras lo cuento me doy cuenta– yo traté de rehacer el camino y de llenar un silencio. Sí, a mí me interesó el judaísmo, me interesó saber qué era *Rosh Hashaná*, ver cómo era una pascua judía, qué había detrás de ese *gefilte fish*, por qué eso y no otra cosa. Yo me interesé personalmente. Me interesé en forma que a mi padre le sorprendió mucho. Bueno, debo decir que, en la negación, de parte de toda la familia de mi padre, de cualquier ritual, venía el tema judío.

Mi padre fue el verdadero militante comunista, pero todos los otros eran de izquierda, inclusive mi abuela, la Bobe. Como era madre de un comunista, ella también. Entonces no había nada que se pareciera a una mezuzá, a un candelabro. Bueno, nada. Entonces, durante la Guerra de los Seis días me pasó algo muy extraño, y es que, viendo por televisión lo que estaba pasando, con todos los bemoles que pueda tener Israel en ese momento, fue así. Yo me metí en la cama a llorar durante seis días. Mi padre se quedó muy sorprendido. Eso significó entre nosotros un acercamiento porque fue la primera vez que empezamos a hablar de judaísmo. Y que él, como comunista, que no se había interesado jamás el tema porque el comunismo, se suponía, que iba a solucionar el tema judío. (En tono irónico y entre risas) Lo solucionó muy bien, matando a montones de judíos como hizo Stalin. Bueno, mi padre se sorprendió. Entonces yo empecé a hablar con él durante sus últimos años, nos acercamos mucho a partir de lo que yo estaba tratando de leer y de entender acerca del judaísmo.

Por otro lado, a mí me ha interesado siempre la mística. Entonces cuando descubro la existencia del Baal Shem Tov y cuando descubro esta rama del judaísmo para la que la tristeza es pecado y que bailan con la Biblia y que dicen «Está prohibido ser viejo», en ese momento yo todavía no lo era, pero ahora me encanta la frase (risas). Entonces, hay cosas en esa novela que son suposiciones. Bueno venían de Moguilev-Podolski, Kamenetz Podolski, yo puse. Pero no importa están al lado. Venían de Moguilev-Podolski, que era uno de los centros jasídicos en el siglo XVIII. De manera que mi familia Dujovne o bien fue, estuvo con el jasidismo o estuvo con los *Mitnagdim*, o sea, con los que estaban en contra del Jasidismo. Con unos u otros. En el siglo XVIII no podrían haber sido comunistas. O sea que no tenían más remedio que haber estado con el Baal Shem Tov o no. Pero, sus vidas estuvieron cerca de esta historia.

Como a mí me interesa la mística, yo decidí que había habido un joven Dujovne que había sido jasídico. Y lo de Akiba, porque, hay una cantidad, uno no se da cuenta cuando escribe hasta qué punto está utilizando guiñadas familiares. A mi padre, en la Argentina, le hubiera tocado, en general, en la vida, llamarse Akiba, porque en el judaísmo, se le pone, al niño, a la niña que acaba de nacer el nombre de un pariente

que ha muerto. Aparentemente, se había muerto uno que se llamaba Akiba. Pobre mi padre, se iba a tener que llamar Akiba Dujovne en Argentina y mi abuelo Samuel le dijo a su mujer, Sara: «Ay, Sara, Sárele, por favor, ese nombre para arruinarle la vida a este chico en este país, no lo vamos a llamar Akiba. A ver Sárele, ¿Qué nombre te parece que se parece a Akiba?». Y mi abuela, muy seria contesta: «Carlos» (risas).

¿Hay canciones, piezas de música, melodías fragmentarias cuyo sonido o letra contribuye a la transmisión del imaginario del lugar de origen?

«Jamás en mi casa se escuchó una música idish. Cuando la descubrí a los veinte años, un poco más de veinte años, me parecieron maravillosas. Todavía hoy la música idish es la que me resuena en la espalda. Me eriza, pero de placer. Pero en mi casa, jamás. Pero sí había. Bueno mi padre cantaba (risas) coros del Ejército Rojo que nos hacía cantar a madre y a mí para las navidades, en vez de hacer pesebre cantábamos una canción rusa que decía algo así como «*Bishnernis bom*» *bom* eran las campanas. Entonces mi mamá y yo teníamos que decir «*Bom, bom, bom, bom*». Pero la música que mi padre amaba, por encima de todo, y que me hizo adorar y aún hoy adoro es una música roja oriental, o sea, *Scheherezade* de Rimski-Kórsakov. En él estaba lo ruso fantástico, pero era *Scheherezade*. Claro, *Scheherezade* no era judía, pero era oriental. Esa es la canción que yo recuerdo de lo que a él le gustaba».

¿En su casa hay objetos que la reenvían al lugar de origen? ¿Cómo contribuyen a la construcción del imaginario del lugar de origen?

Cuando fui con mi nieta al museo de las colonias del Barón de Hirsch. Donde me encontré con la tapera como le dicen en el campo argentino, el ranchito destruido, donde mi abuelo había enseñado y donde había nacido mi padre. Fue para mí muy importante verlo porque si no, eran apenas vagos recuerdos. Y me encontré, en ese museo de las colonias, con una foto, que tengo acá en mi casa en Francia porque es fundamental. La foto de un pupitre de la escuela de Colonia Carmel donde mi abuelo enseñaba. Y en ese pupitre, que debe haber sido muy incómodo porque era el asiento tallado en madera junto con el pupitre para escribir. Y en el respaldo había un *Maguén David*, una Estrella de David. Fue la primera vez que vi un *Maguén David* en relación con nuestra familia. Como si fuera la primera vez que alguien me dijera «viste que eran judíos. Viste que era cierto». Porque jamás antes había visto nada que tuviera que ver con un símbolo del judaísmo. Yo me senté en el pupitre y hay una foto mía ahí. Después está la foto del pupitre que es fundamental porque significa que realmente esta familia Dujovne de la que vengo sí tenían un *Maguén David* en sus historias.

Había también almohadas de plumas que habían sido edredones para el frío de Rusia. Edredones gruesos de plumas que se trajo mi abuela y que con el calor de la Argentina no tenían ningún sentido, entonces los convirtieron en almohadas.

En los *pogrom*, los cosacos venían como primera medida a cuchillar los colchones porque se suponía que los judíos tenían plata. Cosa que en general no sucedía, pero bueno. Entonces era todo un vuelo de plumas blancas y entre el vuelo de plumas blancas, una vez que encontraban dinero o no en el colchón venían los asesinatos y las violaciones. Pero todo eso tapado por una nube de plumas blancas. Esa imagen es mía, pero es bastante probable porque lo de que acuchillaban los colchones es real. Esa noche tenía lugar todos los años para la fiesta de pascua, porque los judíos eran acusados de matar niños cristianos. Es decir que los judíos sabían perfectamente que en cada festividad de pascua iba a haber un *pogrom*. Además de eso, había otros, por distintos motivos. Pero ese era regular. A partir de ahí, las violaciones hacían que fuera muy difícil determinar la pureza de sangre judía por lo cual el judaísmo pasa por madre y no por padre».

¿En su familia hay otras maneras de construir o mantener de generación en generación vivo el imaginario del lugar de origen?

«Claro. La pregunta es ¿por qué? Y por qué yo siempre consideré, bueno, no hay casualidades, pero sí eran tres familias que habían perdido todo lo que tenían. Una tierra, Rusia; todos perdieron tierra porque todos se vinieron para la Argentina o para el Virreinato del Río de la Plata antes. Tierras, porque el estanciero Manuel Ortiz viendo que sus hijos no se quedaban en el campo los desheredó a sus diez y seis hijos y le dejó todo al administrador desde su infancia llamado Kennedy. Bueno, ahí hay pérdida de la mitad de una provincia. Me hubiera venido muy tener eso debo decir, (risas) pero no fue así. ¿Quién sabe si las historias hubieran cambiado de resultar una heredera de una estancia? Bueno, y la Guerra del Paraguay que terminó con la flotilla fluvial de mi tatarabuelo genovés. Se parecen estas historias. No tienen nada que ver originariamente, pero sí porque podemos considerar que la Argentina es un país de pérdida y olvido. Alguna vez yo lo llamé el país del olvido, porque al no tener un pasado muy largo, a lo mejor no sabemos muy bien quiénes somos, me refiero a los argentinos de origen inmigrante. Los argentinos que estaban ahí de antes saben perfectamente quiénes son. Mestizos o pueblos originarios, lo saben muy bien. Mestizos menos, pero pueblos originarios, seguro. Inmigrantes no lo saben, a pesar de que digan «sí mi abuelo de Calabria», bueno y ¿dónde queda Calabria? ¿cómo era? Eso es una cosa muy Argentina. Algo que, alguna vez, un crítico llamó «el exilio natal», la sensación de no pertenencia. Muy fuerte, es casi una pertenencia. Y, en algún momento yo pensé que la falta de ritual era, en sí mismo, un ritual. La falta de objetos de la memoria era en sí misma una memoria. Está diciendo algo todo eso, no es casual».

¿Cómo interactúan el espacio de su país de acogida y el espacio del origen ancestral, en la construcción de un sentido de pertenencia? ¿Cómo se relacionan la imagen de (la ruta a) la Tierra Santa y la imagen del retorno al país de origen ancestral?

«Entiendo que nos estamos refiriendo a Tierra Santa a Israel. Pues cuando yo me empecé a interesar en el judaísmo y empecé a hablar con mi padre. En ese momento yo trabajaba, porque un amigo me dejó este trabajo, en la revista de la *Sojnut*, que es la Agencia Judía, donde me encontré con *Madrigim* que son los maestros israelíes, siempre con la solapa de la camisa fuera del saco, y muy eufóricos, muy vitales. Menos vital fue mi relación con el rabino de la *Sojnut*, porque me emocioné mucho con Israel en aquellos años, en este momento no lo haría, en aquellos años, sí. Estamos hablando de principio de los años sesenta, mi hija tenía tres años. Entonces, decidí ir yo a Israel, a hacer *Aliá* que significa “inmigrar”, nada menos. ¿Las cosas para qué hacerlas a medias? ¿No? Yo podría haber hecho un viajecito, pero no. Inmigrar (se ríe). Entonces, me dijeron los *Madrigim*, mis compañeros judíos de izquierda, «Bueno, lamentablemente, vas a tener que ir a hablar con el rabino de la *Sojnut*» Era la inquisición. Nunca me he encontrado con un ser tan inquisitorial en mi vida, porque rascando un poquito me miró con horror y me dijo: «Pero usted no es judía» y yo sí, pero mi papá... «No, viene por madre. Además, su padre tampoco se casó con su madre bajo el techito de la sinagoga. Ni siquiera él es judío».

Una vez me invitaron para una serie de viajes de escritores *judeo-latinoamericanos*. Saúl Sosnowski tiene una tesis muy divertida sobre las rayitas, ¿no? *Judeo-latinoamericano*; lo cual es también un poco como ir juntando pedacitos. No somos nada enteramente, sino que *judeolatinoamericanos*. Y *latinoamericano* tampoco es real, no existe. Los latinoamericanos no son latinos, o no todos. O sea que es un absurdo. Bueno, entonces me invitaron y estuve con escritores *judeo-latinoamericanos* durante quince días, recorriendo todo Israel. Fue extraordinario, esto fue, años ochenta, porque nos hicieron ver con una apertura increíble a todo tipo de gente.

Después estuve en el kibutz de mi prima Betty Dujovne, es decir, que yo tengo recuerdos. Mucho en Israel, mucho en la Ciudad Santa, porque después estuve en un coloquio en homenaje a Albert Memmi, el escritor judeotunesino. En un lugar maravilloso de Jerusalén que es de piedra blanca y dorada que se llamaba *Ashkenot Shaananim*, ni lo puedo decir. Frente a la ciudad vieja. Bueno, son recuerdos maravillosos.

Una historia sobre el camino hacia el hogar aparece al final de mi autobiografía *El árbol de la gitana*. Esta historia me la contó, en Jerusalén, un cabalista judío. Me contó esta historia que me parece lo más bello. Un rey envía a su hijo a estudiar a tierras lejanas y cuando el príncipe vuelve, el rey le dice: –Bueno, quisiera ver si has

aprendido algo— Entonces le muestra un enorme peñasco que está afuera. —¿Ves ese peñasco? Quisiera que me lo subieras hasta lo alto de la colina— Entonces el príncipe hace cálculos, intenta empujar y el peñasco no se mueve. Al cabo de un tiempo, el rey apiadado le dice —Te dije que lo subieras hasta lo alto de la colina, pero no que o subieras entero—. Es lo mismo que el corazón. ¿Quién puede hacer mover a un corazón entero? El corazón, para avanzar tiene que estar en pedazos. Bueno ese es el cuento y así termina mi novela. Eso viene de Israel».

¿Dónde podemos situar y cómo sería el hogar en su mapa imaginario? ¿Dónde y cómo se sitúa el hogar en su mente?

«Mi hogar ahora es aquí. Que está situado en un lugar con el que humanamente no tengo nada que ver. Por otro lado, punto y aparte, me siento profundamente argentina. No solamente mi madre lo era de varias generaciones, lo era profundamente, sino que mi padre con una sola generación era muy argentino, criado en la provincia, hablaba con modismos de la provincia. Era una familia argentina. Él venía de Rusia, más recientemente que la familia de mi madre era muy antigua, tanto la española como la italiana. Él venía de inmigraciones más recientes. Era muy argentino y cuanto más avanzo en edad, y he avanzado bastante, más me doy cuenta de que con los argentinos tengo una complicidad profunda. Tengo una guiñada. Esa cosa maravillosa que es no necesitar explicarse, que está todo dicho. Entonces, sí, por una parte, vine a recalar en este lugar absurdo, pero en el que me siento muy yo. Es una casita como yo no la tuve nunca. Y, por otro lado, dije durante años que no, que no extrañaba la Argentina, que era imposible volver. Yo creo que es imposible volver porque lo he intentado dos o tres veces y no es posible. Una vez que uno ha abandonado un lugar es muy difícil volver y si vuelve es casi como una usurpadora de sí misma. Claro, no lo consideran legítimo. No creo que sea para mí posible volver a establecerme. Por otra parte, tengo hasta bisnietos nacidos en Francia. Sería imposible. Pero me siento, repito, profundamente argentina, en el humor, en el idioma. El idioma es fundamental. Esa lengua que me legó mi madre era una lengua cocinada a lo largo de siglos en España y después en Argentina. Era una lengua argentina y después yo lo enriquecí con palabras que la escandalizaban mucho. Pero que es enriquecimiento porque los argentinos somos bastante guarangos —no sé si la palabra existe en español (risas). Yo me identifico con todo eso. Si me preguntan qué soy, soy argentina. Con todo lo que eso significa de pérdidas, de desconocimiento de los orígenes. Pero estamos todos, los argentinos de origen inmigrante, estamos todos en el mismo barco.



6

Quando ya es la casa propia que para mí es la *Fata Morgana*. La casa en la que yo vivo queda en el lugar más improbable del planeta, un lugar con el que no tengo nada que ver que es el Berry. Bueno, puedo tener que ver porque George Sand era de aquí, porque es una tierra de brujas. Pero el asunto es que yo había oído hablar de este lugar, muy salvaje, no lejos de París, barato, o sea, a mi altura, a la altura de mi bolsillo. Y tenía amigos acá. Vine y decidí comprarme una casita de cuento de hadas. A la que, evidentemente, le puse *Fata Morgana*, que era el nombre que mi padre decía que le habría querido poner a su casa, a la casa con la que el soñaba. Que era una casita, tenía un gusto muy Hansel y Gretel, mi padre. Una casita, sí de cuento de hadas, con las ventanitas verdes. ¿*Fata Morgana* por qué? Y él decía, como yo sé que no la voy a tener de entrada la llamo «*Fata Morgana*». Me explicaba, ahí sí, me explicaba largamente. Esta historia me la contó mucho. Hay un espejismo que se produce en una ciudad de Sicilia, en el mar, no sé en qué ciudad, se ve la ciudad invertida en el cielo. Una inversión. Y, entonces, él decía: «si alguna vez tengo una casa, que sé que no la voy a tener, la voy a llamar *Fata Morgana*». Bueno, yo seguí soñando con *Fata Morgana* como para rehacer lo que no se había hecho, lo que faltaba, lo que no se había dicho. Bueno, en ese caso, hecho. La falta de cimientos. Entonces me encuentro acá en el Berry que es un lugar al que nada me ata y con el que humanamente no tengo nada que ver porque son campesinos huraños, para los cuales yo seré siempre una extranjera. Siempre. Es que los que vienen del pueblo del lado son extranjeros, no hablemos de

6. Fotografías de la casa del Berry, Francia donde Dujovne en ha residido los último años.

mí. Claro, y, sin embargo, esta casa fue mía. Nos miramos y nos amamos. Ella y yo, me pasó como una gata salvaje que andaba por ahí. Fue la gata y la casa, una relación profunda. Después me enteré de que los campesinos acá habían vivido muy mal, muy pobremente, es un lugar frío. Yo no sé porque estoy viviendo acá todavía hoy no lo sé. Pero es una casa de antes del siglo XVIII, con vigas, con una enorme chimenea. Es una casa vivida, con alma y, además, es la casa de mi padre porque yo le puse *Fata Morgana*.

Aquí hay un sauce que creció gracias a mí. Yo nunca había hecho crecer un sauce. Estaba, cuando yo llegué quemado por un relámpago. Era vacío, podrido adentro. Salía una ramita y esa ramita se convirtió en un monstruo que está ahí adelante. Inmenso al que cuido mucho. Entonces, claro, yo le he puesto un amor y, la pinté casi toda. Ella era viejita cuando llegué hace diez años. Pero le puse lo que nunca le había podido poner antes a ninguna casa porque nunca había tenido una casa, solo departamentos de clase media en Buenos Aires, pobretones, de bolcheviques pobres y en París, ni hablemos de los departamentitos del exilio. Esta es una casita donde yo soy yo» (ríe).



7

Pero si habla de su hogar, el idioma, la lengua, la expresión que sigue siendo un elemento muy importante. Así que vive, se sitúa en un lugar que es de lengua, ¿no?

«Mi hogar, mi lengua es el español de la Argentina. Eso seguro. Cuando María Elena Walsh dijo «Yo quiero vivir en vos», lo decía en relación con la Argentina, para mí «en vos» quiere decir en la lengua, claramente.

7. El sauce en la casa del Berry.

Por otro lado, Mi madre y sus hermanas, sus cinco hermanas, todas hablaban muy bien, porque era una familia en la que esa lengua se venía cocinando con los siglos. Se trata de rituales femeninos. Porque acabo de decir, sin darme cuenta que mis tías hablaban muy bien. No dije mis tíos. Mis tíos fueron, uno escritor, otro ingeniero. Mis tías eran amas de casa. Ellas hablaban muy bien, con muchísima gracia. Y yo todavía conservo eso que la escritora judía italiana Natalia Ginzburg llama el *léxico familiar*. En mi casa había un lenguaje privado, había chistes que yo no sabía, inclusive, hasta tarde en la vida yo creí que ciertas palabras que decían mis tías eran de la lengua española. ¡No! Eran chistes de ellas cuando volvían de los bailes con la madre. Estamos hablando de los años veinte, iban a buscar novio a los bailes. Entonces les presentaban candidatos y se reían mucho de los candidatos. Y bueno, yo creía que *perugorrió* era una palabra de la lengua española. Bueno, en realidad era un apellido que a ellas les había gracia. Me encontré absolutamente reflejada en el libro *El léxico familiar* de Natalia Ginzburg. Era un idioma femenino. No estoy hablando de mis dos tíos varones, muy serios, sino de mis tías que eran muy graciosas».

Esa lengua que se cocina ¿la habitan palabras extranjeras?

«Por el lado judío, seguro. *Mishiguene*. No sé si ustedes saben lo que quiere decir *mishiguene*. Cualquier argentino sabe lo que quiere decir *mishiguene*, quiere decir loco. La comunidad judía argentina influyó muchísimo. Era enorme en un momento dado, ahora todavía es grande. Cualquier argentino sabe lo que es *yiddishe mame*, madre judía. Acá en Francia cuando intenté escribir *yiddishe mame* nadie me entendía. Tuvieron que ponerlo en inglés: *Jewish mamma*. Hay palabras, sobre todo, que vienen del idish a pesar de que en mi familia no se hablaba idish en absoluto, pero porque los argentinos utilizan palabras en idish sin ser judíos. En mi familia, también, se decían palabras del dialecto genovés: *pelandrún*, *belinún*. Es un idioma, a lo mejor es por eso también que me gusta, es un idioma lleno. Lleno de pedazos, hecho de pedazos».

Exactamente. Porque si elige un hogar es la lengua. La lengua cocinada por su madre, por su familia femenina, pero tiene que ver, de nuevo, con estos elementos, los pedazos, los fragmentos que se juntan.

«Judeo – latino – americano. O como los pedazos de la piedra que había que romper para subirla. Son pedazos».

Solo así avanza el idioma, hecho de pedazos.

«El idioma y el corazón decía el cuento».

Conclusión

La dispersión de la migración de la familia de Alicia Dujovne recuerda que cuando miramos atrás en nuestras historias, los caminos que nos han traído hasta aquí se multiplican, se bifurcan, se confunden. En ese sentido estamos hechos de pedazos y retazos. La postura de Dujovne frente a esta fragmentariedad, es hacer de la lengua la casa. Una postura que, en su caso, tiene dos raíces, la de su madre que le legó el amor por el castellano que habla y escribe con goce, como un plato bien cocinado, condimentado, pensado. Es decir, quien toma el tiempo de reunir y de crear con lo que se tiene sobre la mesa. La otra rama, viene del judaísmo de la familia de su padre que ella descubrió en su adultez. Un judaísmo místico, de perseguidores de palabras, de un pueblo que se enraíza en sus historias, que con ellas se ata, se ríe y se alimenta.